

al espíritu maligno, que agitaba à Saúl, ò à los que inocentemente alabaron à David? Véole à V. md. precisado, para guardar conseqüencia, à culpar à estos, y no à aquel.

Estampa V. md. de nuevo las mismas sátiras. Alabo la santa intencion del Escrupuloso. Lo peor es, que una de ellas no lo es, y el Escrupuloso le fuerza el sentido para que lo parezca, con la reflexioncilla de que *dicen algunos que aquella proposicion es muy pícará*. Señor mio, si la araña hace veneno del jugo de la flor, no se infiere que el veneno esté en la flor, sino en la araña. La otra especie que se puede llamar satyrica, salió en nombre de un Barbero, y aun para ser ella quien es, se prohijó à demasadamente honrado padre. A este paso puede V. md. andarse à recoger dicterios de Cocheros, y Lacayos, para imprimirlos en solfa de escrupulos.

§. IV.

EL ultimo cargo es sobre el Discurso à favor de las mugeres, donde V. md. para decir algo, debia responder à las razones con que el Critico prueba su igualdad en el entendimiento con los hombres. Pero pues no lo hizo, no pudo; y asi, en esta parte substancial de la questão se metió tras del comun parapeto, de que los PP. y los hombres de mejor juicio dicen esto, ò aquello de los vicios de las mugeres; à lo qual, sobre que no tiene que ver con el entendimiento, ya está respondido en el Teatro Critico, (a) sin que V. md. responda, ni pueda responder al juicio comun de la Iglesia que las llama *sexò devoto*. Vamos à ver los inconvenientes que pueden seguirse de lo que su Rma. ha escrito en comun à favor suyo.

Dice V. md. *Que las alaba de lindas, y dóciles, y de igual entendimiento con los hombres*. Añadiendo: *Que estos almirares se los dicen en coplas los que las pretenden*. Extraños fantasmas se le representan à V. md. ¿Vio V. md. hasta ahora algun enamorado tan delirante, que requebrase à

(a) Teat. Crit. Tom. I, Disc. XVI, num. 5.

alguna muger con elogios comunes à todo el sexò? El que pretende, elogia à aquella que pretende; y tanto mas se lo estimará esta, quanto mas esté persuadida à que el comun del sexò no merece aquellos elogios; porque con la representada singularidad se toma un baño de Fenix, simil de que freqüentemente se usa en las coplas de galantéo.

Si V. md. en sus ideas Platónicas halla algun hombre que quiera casarse con todo el sexò femenino, ese no dudo que pondrá en coplas todo lo que su Rma. à favor de las mugeres estampó en aquel Discurso.

La autoridad del Crisóstomo ya se le puso à V. md. de pe à pa en otro papel; y se le mostró que no dice lo que V. md. supone.

Pide V. md. una definicion Conciliar que declare, que las mugeres tienen tan buen entendimiento como los hombres. Tambien en el otro papel se le dio esa definicion Conciliar que V. md. no esperaba, juntamente con autoridades de PP. que afirman lo mismo. Pero doy que ningun Concilio lo diese: ¿por ventura en las materias naturales no podemos afirmar cosa alguna, sino lo que declararon los Concilios? Responda V. md. à las razones con que prueba la igualdad de entendimiento, si se halla con fuerzas para ello: porque la absoluta de que los hombres de mejor juicio sienten lo contrario, se niega con la misma facilidad que se afirma.

Supuesto que sea verdadera la pretendida igualdad, no hay inconveniente en que las mugeres la conozcan. Dice V. md. *Que se desvanecerán*. Por esta regla à nadie se podrá alabar la prenda que verdaderamente tiene; de hecho V. md. está muy mal con que se alabe à nadie. El riesgo de la vanidad en el caso presente está muy remoto: porque las alabanzas que en comun se dan à la especie, ò al sexò, no son las que trastornan la cabeza al individuo. Si fuese asi, se debería borrar de los escritos de San Leon el Grande aquella magestuosa advertencia: *Agnosce, ò homo, dignitatem tuam*. O por lo menos, no haría bien la Iglesia en cantarla todos los años en público. Yo creo, que los Médicos no estarán mas

vanos ahora que antes, aunque V. md. los llama *Gremio venerabilísimo*, epíteto superlativo que no sería desproporcionado à todos los Obispos de la Iglesia, juntos en un Concilio.

Prosigue V. md. mostrando otro riesgo: *En que las Mujeres se estimen à sí mismas.* ¿Cuál es? Que de ese modo admitirán mas gustosas los incienso que los hombres las tributan; y cegadas con aquellos humos, estarán mas fáciles à rendirse, para pagar los rendimientos de los hombres con sus propios rendimientos. ¿Raro modo tiene V. md. de entender las cosas! Todo es al revés de como V. md. piensa. Nadie estima mas los obsequios, y está mas pronto à retribuirlos, que quien se juzga mas lexos de merecerlos. Si las Mujeres se estiman mucho, recibirán como tributo debido à su merito quanto à los hombres les dictaré la lisonja; de este modo se juzgan esentas de la paga. Por esta razon los hombres viciosos no buscan à las que están en la aprehension de sus prendas desvanecidas, si no son capaces de captarlas con altos ofrecimientos. Allí la adulacion no aprovecha: es menester buscar otro rumbo; y aun he oído decir, que las mugeres vanas solo las hace caer en la red quien halla modo de quitarlas la vanidad.

Añade V. md.: *Que el que los maridos estimen à sus esposas, no evita los adulterios; pues muchos maridos que han estimado mucho à sus mugeres, han encontrado en ellas unas correspondencias infames.* Es verdad; pero son, y siempre serán muchas mas las que se venguen de los maridos que las desprecian, que las que ofendan à los maridos que las estiman. ¿Ha dicho su Rma. por ventura, que estimando los maridos à las mugeres, no habrá adulterio alguno en el mundo? Escusaránse muchos, no todos. ¿Pues à qué viene esa objecion?

Concluye V. md. objetando: *Que el representar à los maridos que las mugeres son hermosas, dociles, sencillas, y discretas, no persuadirá al marido que la suya tiene estas prendas, si por experiencia conoce que le faltan.* Es muy cierto;

to; ¿pero quando ha pretendido el Critico persuadir tal cosa? ¿Ha escrito por ventura, que todas las mugeres tienen aquella coleccion de prendas, ni aun alguna de las quatro señaladas? El decir que las mugeres son iguales en entendimiento à los hombres, ¿es decir que todas son discretas? Antes lo contrario: pues entre los hombres los discretos son los menos. Siendo, pues, las discretas las menos, lugar les queda à los maridos para tener las suyas por tontas. Lo mismo digo de la prenda de la hermosura. Lo que su Rma. unicamente ha procurado persuadir es, que no las desestimen por aquel concepto comun de que su sexó es inferior en entendimiento al nuestro, y que son animales imperfectos, &c. ¿Qué tiene que ver esto con aquello?

Señor mio, crea V. md. que con lo que ha escrito el P. M. no ha tentado, ni dado empellones à las mugeres. Los que andan à darselos, adulan al individuo, y dicen mil ignominias del sexó, para que dé mas valor à la estimacion de una el desprecio de las otras. Si V. md. se escandaliza de su Rma. porque ha probado que su entendimiento es igual al nuestro, escandalícese, en primer lugar del P. Bufier, Escritor célebre de la Compañia, que escribió al mismo intento, y los Sabios Jesuitas, Autores de las Memorias de *Tre-voux* que celebran aquel escrito, y manifiestan ser del mismo sentir que el P. Bufier. (a)

He respondido à V. md. en limpio, sin mezclar aquellas frases burlescas, aquellas irrisiones afectadas, aquellas preguntas irónicas (de que V. md. usa tanto) con que se suele trampear la falta de solidéz en los Discursos, y con que se hace apreciar un escrito entre los ociosos. Examinen los discretos quién tiene razon; y mas que no halle la gente de tararira materia en mi Papel para reir.

Yo perdono à V. md. quanto mormuráre de mí. Pero lo que à V. md. le estará mejor, será prestar paciencia, si le mortifica el ver, que unos por muy honradorés, otros por

(a) Memor. de Trev. tom. 15, fol. 1303.

que parece está mas persuadido, ò mas resuelto à persuadir la certeza de su arte. Para este efecto iré siguiendo su escrito paso por paso.

Empieza V. md. hablando con el Sr. D. Joseph con estas voces: *He visto el Manifiesto precautorio Médico, que hiciste en defensa de la Medicina, y Médicos, satisfaciendo à las razones de dicha Crisis; y aunque tienes oportunamente respondido à sus asertos, &c.* Aquí supongo hay yerro de Imprenta, que en vez de argumentos puso *asertos*: porque à los argumentos se respónde, à los asertos se contradice.

Sr. D. Francisco, yo tambien he visto el Manifiesto precautorio Médico; pero no encontré la satisfaccion, y respuesta que V. md. expresa à las razones de la Crisis. Discurro que por muy sutil se escaparía à la cortedad de mi vista. La crisis prueba la incertidumbre de la Medicina con varias autoridades; pero con una razon sola, aunque amplificada de muchos modos, y aplicada à muchas materias. De las autoridades hablaremos despues. La razon se toma del encuentro de opuestas opiniones que hay entre los Autores Medicos sobre la práctica curativa de todas, ò casi todas las enfermedades. Unos, dicen, que tal cosa en tal enfermedad aprovecha; otros que daña. Uno, y otro es probable, en consideracion del número, y doctrina de los Autores que lo afirman: luego ni uno ni otro es cierto. Esta consequencia es evidente: porque la probabilidad de una opinion es incompatible con la certeza de la opuesta; y la certeza de una excluye la probabilidad de la otra. Vamos ahora à ver si en todo el escrito de D. Joseph hay satisfaccion à este argumento.

Desde que empieza hasta el fol. 27 hace un cotejo de la Medicina con las demás ciencias, en quanto à la oposicion de Escuelas, y opiniones. Esto no es responder al argumento, sino confirmar el asunto. Siendo cierto, que aquéllo que en las demás ciencias se disputa entre los Profesores de varias Escuelas, ni por una parte ni por otra llega al grado de certeza. Pongo por exemplo: En la Filosofia unos dicen que la materia tiene propia existencia, otros que no.

Uno

Uno y otro es probable: luego ni lo uno ni lo otro es cierto. En la Teología unos dicen que hay fisica predeterminacion; otros que no. Y de aquí infiere evidentemente todo racional, que ni es cierto que hay fisica predeterminacion, ni es cierto que no la hay. Luego habiendo la misma oposicion de sentencias entre los profesores de la Medicina, se seguirá la misma incertidumbre. En mi respuesta al Dr. Martinez he señalado las disparidades que hay entre la Medicina, y las demás ciencias, y no es menester repetirlo aquí. Solo digo, que quando los Médicos sepan los medios de recobrar la salud del cuerpo, con la misma certeza que los Teólogos sabemos los medios con que se puede lograr la salud eterna del alma, correremos parejas unos y otros.

En el fol. 25 hállo estas palabras: *De las consultas, y altercaciones, P. Rmo. no se infiere bien la incertidumbre de la Medicina* (acabo de probar con evidencia, que se infiere bien); prosigue D. Joseph: *Ni despues de estos debates dexan de convenirse, y concordarse los Médicos Católicos, cuyo fin es el alivio de sus enfermos.* Esta tampoco es respuesta. Lo primero, aunque estuviesen convenidos los Médicos Católicos, si no están convenidos con estos los que no lo son, ya hay oposicion de opiniones, y por consiguiente incertidumbre. ¿Por ventura las máximas médicas son dogmas teológicos, en que no tengan voto los Autores infieles que estudiaron la Medicina? ¿No están comprando cada día los Médicos Católicos libros de Médicos Hereges para estudiar, y aprender de ellos? Si es menester ser Católico para hacer juicio recto en la Medicina, deben quemarse, ò por lo menos condenarse como inútiles los escritos de Hipócrates, Galeno, y Avicena; porque Hipócrates fue Gentil, Avicena Mahometano, y Galeno peor que Mahometano, y que Gentil, pues tuvo por material el alma del hombre, y por consiguiente por mortal. Sobre lo qual se puede ver el Angélico Doctor (a), y el Exímio Suarez (b). Lo segundo, es fal-

(a) S. Thom. *Contra Gentes*, lib. 2, cap. 63.

(b) *De Anima*, lib. 1, cap. 1.

falso que los Médicos Católicos están convenidos. ¿ No era Católico el Dr. Bois? Pues este se opuso à la práctica curativa de casi todos nuestros Médicos, y hoy hay muchos que le siguen, y me consta que D. Joseph estima mucho à este Autor. ¿ No fue Católico Lucas Tozzi? Pues este está declarado terriblemente contra todos los Galénicos modernos. ¿ Pero qué es menester detenernos en esto, quando todo el mundo sabe, que hoy entre los Católicos son infinitos los Médicos que abandonan à Galeno? Los mismos caudillos de las sectas mas opuestas à Hipócrates, y Galeno fueron Católicos. Católico fue Santório, inventor de la Medicina Estática. Católico fue Helmóncio, por señas, que habiendo sido acusado de magia por sus émulos, por razon de sus maravillosas curas, fue exáminado por el Santo Tribunal, donde justificó ser aquellas efecto de su superior ciencia natural, y así salió triunfante de los acusadores. Católico fue tambien Paracelso, pues aunque su audáz ingenio le hizo caer en algunos errores, no fue Herege; porque le faltó la pertinacia, y así como Católico fue enterrado en la Iglesia de S. Sebastian de la Villa de Salisburgo, donde está decorado su sepulcro con tan glorioso epitafio, que hasta ahora ningun Médico Hipocrático, ò Galénico le logró tan ilustre. Es de esta manera: *Conditur hic Philippus Teophrastus Paracelsus insignis Medicinae Doctor, qui dira illa vulnera, lepram, podagram, hydropesim, aliaque insanabilia corporis contagia mirifica arte substulit, ac bona sua in pauperes distribuenda, honorandaque collocavit.*

En el párrafo siguiente prueba D. Joseph, que las consultas de los Médicos son útiles; lo qual yo nunca he negado. En el inmediato ofrece señalar la causa de la oposicion de dictámenes entre los Médicos, lo qual hace hasta el fol. 28. Que la causa sea esta, ò aquella, no es del caso. Lo que es del caso es, que haya la oposicion de dictámenes, pues de ella se infiere evidentemente la incertidumbre. Quando D. Joseph ofrece señalar la causa de las quèstiones, habla conmigo de esta manera: *Pero verá V. Rma. cómo le muestro con*

cién-

científica evidencia la causa, &c. Es cierto que pudo ahorrar este trabajo, pues ya sabía yo la causa que D. Joseph señala, y sabía de mas à mas otras tres, ò quatro que omite.

Desde el fol. 28 al 31 dice, que muchas veces mueren los enfermos, ò por sus propios excesos, ò porque las enfermedades son incurables, y así, que no se debe echar la culpa à los Médicos. En esto tiene razon; y en quanto à culpar los Médicos, ninguno los culpa menos que yo; porque estando cierto de que su Arte es falible, conozco que aun el que mas estudia y mas alcanza, por mas que haga, algunas veces errará la cura. Mueren, pues, los enfermos, unas veces porque las enfermedades son incurables; y otras porque, aunque sean curables, las hacen incurables con sus excesos; otras, porque aunque admitan cura, no acierta con ella el Médico; otras, en fin, mueren, porque el mismo Médico los mata: aunque esto ultimo muy rara vez sucede à los Médicos que están bien enterados de la falibilidad de su Arte, y tienen las demás circunstancias que yo señalé al fin de la Crisis Médica, porque se van en recetar con mucho tiento.

Al folio 31 propone como mia una proposicion de muy diferente modo que yo la he escrito; esto es, que *los enfermos solo à la naturaleza deben la mejoría; y al Médico no mas que la mala obra de retardarsela.* Esta proposicion, enunciada de este modo, es indefnida, y por tanto, equivalente à universal; y así, lo mismo es decir que *los enfermos solo à la naturaleza deben la mejoría*, que decir que *siempre que mejoran, solo à la naturaleza deben la mejoría*; y yo no digo eso, sino que *muchas veces que los enfermos mejoran, solo à la naturaleza deben la mejoría*: y el que sucede esto muchas veces, es inegable. Por ventura, siempre que el enfermo sana, ¿ debe al Médico la mejoría? Si fuese así, donde no hay Médicos, ningun enfermo sanaría. Muchos han observado, que donde no hay Médicos, viven tanto los hombres, como donde los hay. Algunos se adelantan à decir, que viven mas, y mas sanos. En esto yo no me meto. Siendo, pues, cierto, que las mas de las enfermedades son

cu-

curables por sola la naturaleza , tambien lo es , que estas , si el Médico (como muchas veces sucede) fatiga à la naturaleza con remedios escusados , retardará la mejoría.

Desde el fol. 32 hasta el 36 propone D. Joseph , y disuelve algunos argumentos contra la Medicina , que no son míos , ni me pasó jamás por el pensamiento proponerlos , como constará à quien leyese mi Crisis Médica.

En el fol. 37 pone de letra bastardilla , como mia , esta proposicion , que *no todos los accidentes se hayan de querer luego en sus primeras invasiones sujetar à los remedios , llamando los Médicos.* Y con esta ocasion discurre hasta el f. 39 inclusivè sobre el riesgo que tiene el no acudir à las enfermedades en sus principios. Aquella proposicion no se hallará en toda la Crisis , ni otra equivalente à ella. Lo que he dicho es , *se dexen à la naturaleza aquellos accidentillos de poca monta , que ella por sí misma cura (a)* , y lo mismo digo ahora.

Desde el fol. 39 al 45 declama justísimamente D. Joseph contra los Médicos recetadores , que desde el principio hasta el fin de la enfermedad no hacen visita en que no ordenen algun remedio. En esto tiene mucha razon. Para mí no es dudable , que todo Médico que receta mucho , mata mucho. Con el pretexto de que ayuda à la naturaleza , la degüella , porque debilita las fuerzas , y turba el conato que hace para las crisis.

Desde el fol. 45 hasta concluir el Discurso , disputa Don Joseph contra mí sobre el origen de la Medicina , en cuyo intermedio ingiere elogios de Hipócrates , y desprecio de los Autores que yo he citado en comprobacion de ser incierta la Medicina. La cuestión del origen de la Medicina es puramente histórica , y asi qualquiera cosa que se diga en ella , no sirve para probar , ni la certeza , ni la falibilidad del Arte : por lo qual no tuvo razon D. Joseph para decir , al introducirse en esta cuestión , que yo hice argumento del origen de la Medicina , para probar su incertidumbre. Tan falso es

(a) Teatr. Crit. tom. 1. Crisis Medic. num. 64.

esto , como lo que dexa dicho arriba , de que hice argumento de la expulsion de los Médicos de Roma. No todo lo que se toca en el progreso de un Discurso Critico , se trae como prueba del principal asunto. Qualquiera verá , leyendo el mio , que no alego como prueba , ni la expulsion de los Médicos (y aun ésta la tengo por dudosa) , ni el origen de la Medicina. Pero quién tenga razon en quanto à la cuestión del origen , ya se verá luego. En las alabanzas de Hipócrates convengo , pues yo tambien le cito siempre con elogio. Rebajar la justísima estimacion que merecen los Autores que yo he citado , podrá quando mas , servir de respuesta à las pruebas que hago *ab auctoritate* , pero no al argumento *à ratione*. Al fin de este escrito haré ver la poca razon que tambien en esta parte tiene Don Joseph.

Ve aqui V. md. Sr. D. Francisco , que en todo el Discurso de D. Joseph no hallamos la respuesta , y satisfaccion que V. md. dice à los argumentos de mi Crisis.

Prosigue V. md. continuando la cláusula de arriba , en aprobacion del escrito de D. Joseph , de este modo : *Y legítimamente manifestado el antiguo origen de esta ciencia , con las verídicas señas de sus legítimos , y útiles Profesores , &c.* En quanto à las señas de los útiles Profesores apruebo la de ser estos muy detenidos , y considerados en prescribir remedios. Lo otro de señalar por buenos solos aquellos Autores , que han seguido el rípio de la doctrina Galénica , tratando à los demás de delirantes , como hace D. Joseph ácia el fin de su Discurso , hallará V. md. hoy pocos Médicos de algun crédito en el mundo , à quienes se lo haga creer ; pero hallará infinitos que vuelvan al revés la tortilla. Yo he dado así en mi Crisis Médica , como en la Respuesta à Martinez , bastantes señas para distinguir los Médicos buenos de los malos , y han sido tan bien recibidas de los Profesores , que habiendome impugnado muchos en otros puntos , en este nadie hasta ahora me contradixo. Solo Martinez puso en una , ò otra circunstancia algun reparo ; pero con mi Respuesta quedó satisfecho , como me hizo constar por carta suya. Si , con

todo, aquellas señas no son del gusto de V. md. en eso no nos embaracemos. Paso à exáminar la cuestión del origen de la Medicina.

Habia escrito yo en la Crisis Médica, de paso, y solo por modo de introduccion à las variaciones que despues padeció el Arte, que la Medicina fue criada algun tiempo como niña expósita, porque no habia otra regla para curar los enfermos, que exponerlos en las plazas, y calles públicas, para que los que transitaban les prescribiesen remedios. Donde omití, por no detenerme en una noticia harto trivial, como de estos remedios los que con la experiencia se hallaron mas comprobados, se escribieron en las columnas, y paredes de los Templos, de donde los trasladaron despues algunos antiguos Médicos, y sobre estos principios se empezó à formar el Arte.

Contradice esta noticia D. Joseph, pretendiendo, que la Medicina que hoy tenemos, y la que hubo en todos tiempos, es legitima descendiente de la ciencia infusa de Adán, el qual, dice D. Joseph, que es muy probable que escribiese libros de Medicina; y poco mas abaxo, que es muy verosimil, que estos libros los guardase el Santo Patriarca Noé en el Arca, y despues sus hijos los comunicasen à sus descendientes; conservandose principalmente entre los Caldéos, de donde la pasó acaso à Egipto el Santo Patriarca Abraban, y de ellos trasladó despues Apis los que compuso de esta ciencia entre los Egipcios, de donde los pasó à la Grecia Esculapio. ¡Raro modo de prueba de una noticia historica es la que empieza con *es muy probable*, prosigue con *es muy verosimil*, y acaba con *acaso los pasó*, sin citar para estas transmigraciones de Caldéa à Egipto, y de Egipto à Grecia Autor alguno que lo diga!

Para probar que Adán escribió libros de Medicina, y estos pasaron à Caldéa, ya alega D. Joseph un Autor; pero en quien concurren las tres nulidades de ser uno solo, de ser desconocido, y por tanto no saberse qué fe merezca, y en fin, de no haberle visto el mismo D. Joseph, pues dice, que

es singularísimo el libro, y como tal le tienen los Jesuitas de la Villa de Monforte de Lemus, y ni aun expresa D. Joseph quién le ministró esta noticia. Dice que el Autor se llama Cuzemi, de Nacion Caldéo, y que escribió de Agricultura, en cuya Obra cita muchas veces los libros que compusieron de Medicina Adán, Seth, y otros Patriarcas.

Que Adán tuvo ciencia infusa de todas las cosas naturales, es sentir comun de los Teólogos. Que escribiese libros de Medicina, ni de otro algun Arte, es tan incierto, que el eruditísimo Jesuita Martin Delrio (a) afirma como cosa constante, que no escribió de ciencia, ò arte alguno: ningun Padre, ni Expositor Sagrado, ni Autor profano, digno de alguna fe, dice que Adán escribiese cosa alguna. Los Quimerizantes Rabinos le atribuyen dos libros, uno intitulado *las Generaciones de Adán*, en que dicen se contenian los sucesos del mundo hasta Enoch: otro el *libro del primer Adán*, que proseguia refiriendo todos los sucesos futuros. Los fabulosísimos Mahometanos le atribuyen otro, cuyo titulo es, *Testamento de la luz*, y su contenido es el testamento de Adán; los infatuados Alchímistas (b) atribuyen à Adán no sé qué libro, ò libros de la Piedra Filosofal, segun el Padre Delrio en el lugar citado arriba. Con que tenemos muy buenos testigos de los libros de Adán, el ternario supremo de los embusteros, Rabinos, Mahometanos, y Alchímistas. Y aun admitiendo todos estos libros fabulosos, no hallamos entre ellos alguno de Medicina; solo lo dice el Caldéo que está en Monforte.

Vamos claros, Sr. D. Francisco: ¿le parece à V. md. que si los Jesuitas poseyesen un escrito, donde se hallasen especies extrahidas de los libros de Adán (que, como partos de una ciencia infusa, precisamente habian de ser admirables, y utilísimas), habian de tener tan poca caridad con el público, que le recatasen este tesoro? Ni lo creerá V. md. ni

Aa

(a) Delrio lib. 1. *Disq. Magic. cap. 5, quest. 1, sect. 1.*

(b) Vease la Historia de la Iglesia, y del Mundo de D. Gabriel Alvarez, pag. 224.

lo creeré yo; antes nos persuadirémos ambos, à que consultando à la utilidad pública, y à la particular del Colegio, le darian à la estampa; y no haciendolo, se colige que como doctos, tienen aquel libro por indigno de fe, aunque le conserven por raro; porque en las Librerías de Comunidades se guardan como alhajas apreciables los libros muy raros, especialmente manuscritos antiguos, y de Autores muy estraños, aunque por otra parte no contengan sino embustes y patrañas.

De los Libros de Seth ningun Autor sagrado, ni profano hace memoria. Lo que unicamente se halla, es lo que de él dice Flavio Josepho (a); esto es, que sabiendo este Patriarca, y sus inmediatos sucesores, por lo que habian oído à su padre Adán, que el mundo habia de ser castigado con dos diluvios, uno de agua, otro de fuego, porque no periciesen muchas noticias de las cosas naturales, que con su estudio, y aplicacion habian adquirido, las escribieron en dos columnas, la una de ladrillo, la otra de piedra. Esta noticia en medio de ser de un Autor como Josepho, es tenida por fabulosa por los Escritores de buen juicio. Donde advierto tambien, que aun quando fuese verdadera, nada se seguia à favor del origen de la Medicina, porque en aquellas columnas no se estamparon todas las Ciencias, y Artes como inconsideradamente dicen algunos Autores, citando à Josepho sin haberle leído: pues Josepho expresamente limita el estudio, y aplicacion de Seth, y sus descendientes à la Astronomía, ò Ciencia de las cosas celestes: *Sideralem scientiam, ac caelestium rerum cognitionem excogitaverunt*. Con que, Sr. D. Francisco, este origen de la Medicina, propagado por los libros de Adán, y Seth (diga lo que quisiere Cuzemi), no está bien ajustado.

Pero apuremos mas esta materia, para cuyo efecto copiaré aqui literalmente la cláusula con que D. Joseph se introduce à impugnarme sobre el origen de la Medicina: R. P.

(a) Joseph. *Antiq. Judaic. lib. 1, cap. 2.*

M. de esta materia, con la vènia de V. Rma. alguna noticia mas tenemos los Médicos que otro alguno, porque nos importa; y asi hemos procurado baser à nuestra Facultad mas antiguas, y mas honradas pruebas (fol. 49). Bien sabe el Sr. D. Joseph (y mas ahora, que viene de ocuparse en la calificacion de su propia nobleza), que à nadie se hacen pruebas con un testigo solo; y D. Joseph para las del origen de la Medicina no cita sino à uno, conviene à saber Cuzemi; à que se añade ser testigo no conocido, ni haberle el mismo D. Joseph examinado, pues no le leyó. Pero voy à otra cosa.

Diceme D. Joseph, que de esta materia tienen mas noticia los Médicos, porque les importa. Convengo en ello, y estémos en esto. Ahora entro yo. *Sed sic est*, que los Médicos en esta materia dicen lo que digo yo, y no lo que dice D. Joseph: *ergo*. La menor subsunta se prueba con evidencia: porque D. Joseph no cita por su sentencia Autor Médico alguno, sí solo uno, que escribió de Agricultura; y yo le citaré no menos que quatro Autores Médicos por la mia: Cuenta con ellos.

Lucas Tozzi (Médico) en la Dedicatoria del primer Tomo, hablando de la Medicina dice asi: *Trojanis temporibus vulnerum dumtaxat curatione clara fuit.* (No se sabia en aquel tiempo otra cosa de Medicina mas que la curacion de las heridas. Buena traza de andar por el mundo los libros de Adán). *Deinde usque ad Peloponesiacum bellum in nocte densissima latuit, atque ab his solis, quia aliquando agrotassent, ediscebantur remedia.* (No habia otros Médicos, que los que habian padecido las mismas enfermedades). *Propterea que lege cautum erat apud Assyrios, ut morbis defuncti malè affectos circumirent, illosque docerent qua ipsi ope adjuti evaserint, pariter apud Egyptios, & Babylo-nios languentes in campitis expositi.* (Ve aqui la niña expó-sita que yo decia). *Prætereuntes sciscitabantur, si quid salutare ad illum morbum experti fuerint. Deinde in Græcia liberati languoribus, inscribere cæperunt in tabellis, quæ in ædibus Esculapii, Appollinis, caterorumque Deorum*